

R-95139

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA

LEON XIII

A todos nuestros venerables hermanos los
Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos
del mundo católico, en gracia y comunión
con la Sede apostólica.



Reimpresa en Burgos por la Hermandad de la Orden Tercera.

BURGOS.--1884.

Imprenta y librería de la viuda de Villanueva.

Plaza Mayor núm. 2 y Espolon 30.



Leon XIII, Papa

Venerables hermanos: salud y bendicion apostólica.

Por una dichosa merced, el pueblo cristiano ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de dos hombres que, llamados á gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque despues de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, vá á ocurrir una ocasion de tributar honores públicos á Francisco de Asís por el séptimo centenario de su nacimiento.

No sin razon vemos Nos en esto un designo misericordioso de la divina Providencia.

Porque permitiendo celebrar el día del nacimiento de estos ilustres padres, parece que Dios quiere advertir á los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos y comprender al mismo tiempo que las órdenes religiosas fundadas por ellos no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su génio y su celo han sembrado la civilizacion y la gloria.

Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano; que siempre y con justicia ha considerado como amigos á los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de Benito con amor y gratitud, hará revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de Francisco. Y esta noble emulacion de piedad filial y devota no se limita á la comarca en que nació el santo hombre, ni á las que honró con su presencia, sino que se extiende á todas las partes de la tierra, á todos los lugares donde el nombre de Francisco ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

Ciertamente que Nos, más que nadie, aprobamos este ahinco de las almas por tan exce-

lente objeto, sobre todo, estando acostumbrado desde la niñez á tener hácia Francisco admiracion y devocion especiales. Y Nos gloriamos de haber sido inscripto en la familia franciscana, y más de una vez hemos subido por piedad, espontáneamente y con alegría, á las sagradas colinas del Alberno: en aquel lugar, la imágen de este gran hombre se ofrecia á Nos por todas partes donde poniamos la planta, y aquella soledad llena de recuerdos tenia á nuestro espíritu embebecido en muda contemplacion.

Mas por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables á Francisco esos honores que se preparan, si aprovechan á los mismos que lo tributan.

El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algun modo á su eminente virtud y en procurar ser mejor imitándole. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá encontrado el remedio oportuno y eficaz para los males presentes. Nos queremos, pues, venerables hermanos, no sólo atestiguaros públicamente por medio de esta carta nuestra

devocion á Francisco, sinó tambien excitar vuestra caridad para que trabajeis con Nos en la salvacion de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna é inmutable de todos los bienes que para Nos proceden de la infinita bondad de Dios: de modo que aquel que ha salvado una vez al mundo, es tambien el que le salvará en todos los siglos: *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado á los hombres por el cual podamos salvarnos.* (Art. IV, 12.) Sí, pues, sucede que por el vicio de la naturaleza ó la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarle un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir á Jesucristo y ver en Él el mayor y más seguro medio de salvacion. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa, que contiene á la vez un abrigo contra los peligros y un remedio contra los males.

La curacion es cierta, si el género humano vuelve á profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como estos de que Nos hablamos, ofrece

Dios al mismo tiempo un socorro providencial suscitando á un hombre, no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, á quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pública. Y esto es lo que sucedió á fines del siglo XII, y algo más tarde Francisco fué el obrero de esta gran obra.

Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fé católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas; ofrecía tambien un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba á Palestina para vencer ó morir en ella. Pero el libertinaje habia alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los hombres volviesen á los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposicion del alma que busca las cosas árduas y difíciles tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir á Jesucristo deben llevar sobre sí. Lo propio de dicha disposicion es el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufrir la adversidad con calma y resignacion. En fin, el amor de Dios es dueño

y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no sólo hace tolerables sino hasta agradables, los más duros trabajos.

Habia mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces, por decirlo así, esclavos de las cosas temporales ó amaban con frenesí los honores y las riquezas, ó vivian en el lujo y en los placeres. Otros tenian todo el poder y hacian de su potestad un instrumento de opresion para la multitud miserable y despreciada: y aquellos mismos que hubieran debido por su profesion ser ejemplo á los hombres, no habian evitado las manchas de los vicios comunes. La extincion de la caridad en muchos lugares habia tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el ódio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa las ciudades vecinas entraban en guerras, y armaba el hierro á unos ciudadanos contra otros.

En este siglo apareció Francisco, con admirable constancia y rectitud igual á su firmeza,

se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar á vista de todos los ojos del mundo ca-duco la imágen auténtica de la perfeccion cristiana. En efecto; dé la misma manera que el bienaventurado P. Domingo de Guzman, en esta época, defendía la integridad de las doctrinas celestiales y rechazaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana, los errores perversos de los herejes; así Francisco, conducido á Dios por grandes acciones, obtenía la gracia de excitar á la virtud á los cristianos y de conducir á la imitacion de Cristo á aquellos que habian andado muy errantes y por mucho tiempo.

No fué por casualidad por lo que llegaron á los oídos del adolescente estas palabras: «Despreciad el oro y la plata; no la lleveis en vuestras bolsas; no os inquieteis por la comida ni bebida, ni calzado.»

Y aun «si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme.»

Interpretando estos avisos como dirigidos á él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su

vida, y adoptó la resolución de que estos grandes preceptos de virtudes que él había abrazado con noble y sublime espíritu, fueran las reglas fundamentales de su orden. Después de este tiempo, en medio de la molición tan grande del siglo y de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles: pide su alimento de puerta en puerta, y soporta, no solamente las burlas de un pueblo insensato, aquellas que son más injuriosas, sino que las busca con admirable avidez. Seguramente había abrazado la locura de la cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.

Con el amor á la Cruz, ardiente caridad abrasó el corazón de Francisco y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente los pobres y los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban á

retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre comun de todos.

Gracias á tantas virtudes, y sobre todo por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó á reproducir en sí, en cuanto pudo, la imágen de Jesucristo. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fué concedido tener semejanzas con el Divino Redentor aun en las cosas exteriores. Así á ejemplo de Jesucristo, fué dado á Francisco nacer en un establo y tener por lecho, siendo niño, como en otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

Se refiere que en este momento coros celestiales de ángeles y cánticos oídos á través de los airs completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus Apóstoles, él se adjuntó por discípulos algunos hombres escogidos á quienes mandó recorrer la tierra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojados de todo, injuriados, negados de los

suyos, tuvo de comun con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alberno, cual sobre su calvario, fué por decirlo así crucificado por un prodigio nuevo hasta entonces, recibiendo en su cuerpo la impresion de las sagradas llagas.

Nos recordamos aquí un suceso no menos brillante en sí mismo que por el milagro hecho célebre por la voz de los siglos. Un día que San Francisco se hallaba sumergido en ardiente contemplacion de las llagas de Nuestro Señor y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecia beber como si tuviera sed, un ángel descendido del cielo mostrósele de repente; luego brilló una virtud misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y piés como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entonces sintió en su alma inmenso ardor de caridad; sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus dias la impresion viva de las llagas de Jesucristo.

Análogos prodigios, que deberian ser celebrados por un lenguaje angélico mas bien que

por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fué el hombre elegido por Dios para llamar á sus contemporáneos á las costumbres cristianas. Ciertamente, en la casa de Damian era voz sobrehumana la oída por Francisco, diciéndole: «Marcha, sosten mi casa-vacilante.» No es menos digno de admiracion que esta aparicion celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la basílica de Letran. El objeto y el sentido de este prodigio son manifiestos; significaba que Francisco debia en este tiempo ser firme apoyo y columna para la república cristiana; y con efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusieron bajo su direccion, fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto cambiarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, Francisco distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y de Europa, para que allí llevasen el Evangelio; encargó asimismo á algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente,

pobres ignorantes como eran, se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas; sin aparatos de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan á exhortar á los hombres al desprecio de las cosas terrenales y al pensamiento en la vida futura. Maravilla ver cuales fueron los frutos de la empresa de estos obreros, en apariencia humildes. Una multitud ávida de oírles, corría en masa á ellos; poníase entonces á llorar sus faltas, á olvidar las injurias, y á venir por la tregua en las discordias á sentimientos de paz.

No se puede creer con que ardiente simpatía, que era casi la impetuosidad, se llegaba la multitud á Francisco. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades mas populosas los hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fué lo que obligó al Santo Patriarca á establecer la cofradía de la Orden Tercera, destinada á comprender todas las condiciones y edades de ambos sexos, sin que se rompiesen por ellos los vínculos de la familia y de la sociedad. Él la organizó sábiamente, menos con

reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecerán duras á ningún cristiano. Sus reglas, en efecto, son: obedecer á los mandamientos de Dios y de la Iglesia, abstenerse de pasiones y de luchas, no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo, no tomar las armas sino para la defensa de la religion y de la pátria, ser moderado en el comer y el vivir, evitar el lujo y abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Se alcanza fácilmente qué inmensos servicios ha debido prestar una institucion tan saludable por sí misma y por su oportunidad en los tiempos. Esta oportunidad está bastante demostrada por el establecimiento de asociaciones del mismo género en la familia dominicana y otras Ordenes religiosas y por los hechos mismos. En las mas altas clases, y en las mas inferiores, hubo un apresuramiento general, un ardor generoso para afiliarse en aquella Orden de hermanos franciscanos. Entre todos solicitaron ese honor Luis IX, rey de Francia, é Isabel, reina de Hungría; en los tiempos sucesivos se cuentan varios Papas,

Cardenales, Obispos, Reyes y Príncipes, que no consideraron como indignas de su gerarquía las insignias franciscanas.

Los asociados en la Orden Tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la religion católica: si estas virtudes les valieron el ódio de los malos ellas les atrajeron, al menos la estimacion de los sábios y los buenos, única cosa que debe buscarse, y la mas honrosa de todas. Y aun nuestro predecesor Gregorio IX habiendo alabado públicamente su valor y su fé, no vaciló en cubrirles con su autoridad y en llamarles honoríficamente «soldados de Cristo, nuevos Macabeos.» Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporacion de hombres que tomaban por guia las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen tanto como pudieran á hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para apaciguar y aun extirpar las rivalidades de los partidos, arrancar las armas de manos de los furiosos, hacer desaparecer las causas de litigios y disputas, procurar consuelos á la

miseria y el abandono, y reprimir la lujuria, muerte de las fortunas é instrumento de corrupcion.

Tanto mas, cuanto que el carácter de nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el carácter mismo de esta institucion. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en nuestros dias, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por una corriente de los espíritus y por preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el placer. Enervados con el lujo, disipan su patrimonio y codician el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ella mucho mas que la practican; les absorbe el egoismo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente. En aquel tiempo el error múltiple de los albigenses, excitando á las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, habia turbado el Estado, al propio tiempo que abria el camino á un *socialismo* cierto.

Lo mismo hoy, los fautores y propagadores

del *naturalismo* se multiplican. Estos niegan que sea preciso estarse sometidos á la Iglesia, y por una consecuencia necesaria van hasta á desconocer el mismo poder civil: aprueban la violencia y la sedicion en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; quebrantan los fundamentos del órden civil y doméstico.

En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, venerables hermanos que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas á su estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fé, la piedad, la honestidad de costumbres florecerian tambien; este apetito desordenado de cosas percederas seria destruido y no se cuidaría sino de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado é insoportable.

Unidos los hombres por los lazos de la fraternidad, amaríanse entre sí, y tendrían para los pobres y los indigentes, que son la imágen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte, los que están penetrados de la religion cristiana saben con toda certeza, que es un de-

ber de conciencia obedecer á las autoridades legítimas.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservacion del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilizacion y de la estabilidad de los Estados, salen, como de una raíz, de la Orden Tercera de los Franciscanos, y Europa debe en gran parte á Francisco la conservacion de esos bienes.

Sin embargo más que ninguna otra nacion, Italia es deudora á Francisco; ella es la que ha tenido más parte en sus beneficios como que ha sido primer teatro de sus virtudes. Y, con efecto, en esta época en que la frecuencia de las iniquidades multiplicaba las luchas privadas, tendió siempre la mano al desgraciado ó al vencido; rico en el seno de la mayor pobreza, no cesó jamás de socorrer la miseria de otro, olvidando la suya. La lengua nacional, apenas reformada, resonó con gracia en sus lábios; tradujo los suspiros del amor y de la poesía en cánticos que el pueblo aprendió, y que no han parecido indignos de la posteridad literaria.

Bajo la inspiracion de Francisco, un superior elevó el gónio de nuestros compatriotas, y el arte de los más grandes artistas se dedicó á representar por la pintura y la escultura las acciones de la vida.

Alghieri encontró en Francisco materia á sus cánticos sublimes y suaves á la vez; Cimabue y Giotto hallaron en él asuntos que inmortalizar con los colores de Parrhasius; ilustres arquitectos tuvieron ocasion de elevar admirables monumentos, tales como la tumba de *este pobre* y la basílica de Santa María de los Angeles, testigo de tan numerosos y grandes milagros. A estos santuarios vienen los hombres en tropel para venerar á este padre de los pobres de Asís, que despues de haberse despojado de todas las cosas humanas ha visto afluir á él en abundancia los dones de la divina bondad. Se vé que un raudal de beneficios ha proporcionado este solo hombre para la sociedad cristiana y civil; pero como su espíritu era plena y eminentemente cristiano y apropiado á todos los lugares y á todos los tiempos, nadie podria dudar que la institucion franciscana no preste grandes servicios en nuestra época.

Nada es tan eficaz como esta disposicion del espíritu para extirpar todo género de vicio en su germen, la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad: cosas todas que constituyen los principios y elementos del *socialismo*. En fin, la cuestion de las relaciones del rico y del pobre, que preocupan tanto á los economistas seria perfectamente deslindada si á la pobreza no la falta dignidad; que el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo, pues que ni el uno ni el otro han nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la liberalidad.

Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado de todo corazon, desde hace mucho tiempo, proponeros la imitacion de Francisco de Asís. Y porque Nos hemos tenido siempre un interés particular por la Orden Tercera de los franciscanos, hoy Nos hemos sido llamados por la altísima bondad de Dios á este Soberano Pontificado, como se ofrece una ocasion oportuna de hacerlo, Nos exhor-

tamos vivamente á los cristianos á que se hagan inscribir en esta santa milicia de Jesucristo. Se encuentra por todas partes un gran número de personas del unó y del otro sexo que marchan generosamente detrás de los pasos del Padre Seráfico.

Nos aplaudimos y aprobamos vivamente su celo, deseando que su número aumente y se multiplique, gracias, sobre todo, á vuestros esfuerzos, venerables hermanos. El punto principal de nuestra recomendacion es que los que os habeis revestido con las órdenes de la *Penitencia* miren la imágen de su santo autor y se acerquen á él sin lo cual no puede realizarse nada de lo que se desea. Esforzaos, pues, en hacer conocer y estimar en todo su valor la *Orden Tercera*; vigilad en esto todos los que teneis el cargo de las almas, enseñando cuidadosamente lo que ella es, de cuánto es accesible á cada uno, de qué privilegios goza para la salud de los espíritus y cuánta utilidad particular y pública promete. Es menester hacer tanto ó mas que los religiosos franciscanos de la otra Orden de fundacion primera que su-

fren en este momento por la indigna persecucion que les ha herido.

Quiera Dios que por la proteccion de su padre salgan pronto de esta fuerte y tenáz tempestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos acudan en auxilio de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número como acudieron en otra ocasion al pié del Santo Patriarca. Lo pedimos sobre todo y con mas razon todavía á los italianos, que la comunidad de pátria y la abundancia particular de beneficios recibidos les obligan á mayor devocion por San Francisco y á mayor reconocimiento tambien.

Así sucederá que al cabo de siete siglos, Italia y el mundo cristiano entero se vean trasportados del desórden á la paz por la influencia bienhechora del Santo de Asís.

Pidamos esta gracia en una plegaria comun, y sobre todo en estos dias á Francisco mismo; implorémosla de la Virgen María, Madre de Dios, que ha recompensado siempre la piedad y la fé de su servidor con su alta proteccion y especiales mercedes.

Mientras tanto, como prenda de los celes-

tiales favores, y en testimonio de nuestra especial benevolencia, Nos os damos afectuosamente en el Señor á vosotros, venerables hermanos, y á todo el Clero y pueblo confiado á cada uno de vosotros la bendicion apostólica.

Dado en Roma cerca de San Pedro el dia 17 de Setiembre de 1882, año quinto de nuestro Pontificado.--LEON XIII PAPA.



**BU
2974
(19)**

T 41332
57964

BPE Burgos



3357964 BU 2974 (19)